

La eterna condenada: la figura de la vampira como símbolo de lo prohibido

ROMERO, Nora Noelia / UNJu - noranoeliaromero@gmail.com

Tipo de trabajo: ponencia

» Palabras claves: literatura gótica - vampira - espacio oculto - espacio urbano

› Resumen

La aparición de la mujer vampira en la literatura gótica europea, es una manifestación de la serie de transformaciones sociales y económicas que tuvieron lugar en la Inglaterra de la época, cambios que también involucraron el rol de la mujer. Esto se observa en las características estereotipadas con que aparecen las vampiras: mujeres fatales que utilizan el sexo y el erotismo para conseguir y matar a sus víctimas, siempre vinculadas al mal y lo profano. Las vampiras acechan desde lugares ocultos, propios de la muerte, y es desde las sombras que avanza su dominio sobre la ciudad racional y urbana, dominada por hombres. Este trabajo se propone indagar en las características casi arquetípicas que poseen las vampiras de la literatura, específicamente en las vampiras que aparecen en *Drácula* de Bram Stoker, publicada en 1897 y contraponer estas figuras con la del vampiro hombre. Apoyándose en el artículo de Virginia Fusco sobre la sexualidad femenina y entre otros artículos, se tratará de establecer relaciones con la misoginia de la época y las representaciones negativas de la mujer, para demostrar que la imagen peligrosa, tenebrosa y oscura de las vampiras no es más que la proyección de la imagen que los hombres tenían sobre las mujeres de la época, así mismo demostrar que el avance de la mujer vampira sobre el territorio urbano es una representación simbólica del empoderamiento femenino en territorio masculino

› Presentación

La Inglaterra Victoriana es un periodo que inicia en 1837, con la llegada de la reina Victoria al trono, y finaliza en 1901. Fue una época de grandes transformaciones sociales, culturales y artísticas, ya que estuvo fuertemente influenciada por la Revolución Francesa e Industrial. Sin embargo, también es importante resaltar que esta época fue conocida por sus valores puritanos, regida por un código moral que regulaba los comportamientos tanto en lo público como en lo privado. La sociedad burguesa estuvo marcada por el deseo del orden absoluto, reivindicando valores como el ahorro, marcando una fuerte represión en cuanto a comportamientos sexuales. A su vez las esferas sociales estaban dominadas por los hombres, quienes se encargaban de asuntos económicos y políticos, en tanto que el espacio designado para las mujeres es el ámbito de lo privado. La mujer victoriana perteneciente a una clase social acomodada debía permanecer

resguardada en su hogar, bajo el estricto cuidado de su padre y posteriormente de su marido, quienes custodiaban su inocencia y pureza. Por lo tanto, hay una clara diferencia entre las funciones y espacios que deben cumplir los hombres y las mujeres.

Gracias a la Revolución Industrial Inglaterra cambia, las zonas rurales que predominaban cuando inicia este periodo ya a su finalización fueron transformadas y urbanizadas, gran parte del territorio se conectó gracias a la revolución del transporte, es decir, el implemento del barco a vapor y del ferrocarril. La industrialización también alcanzó otras esferas como la producción textil. Estas transformaciones económicas producen también una serie de cambios sociales como el surgimiento de la mujer trabajadora.

Los cambios sociales también alcanzan a las mujeres de clases más acomodadas ya que en 1866 comienzan a funcionar dos colegios universitarios para mujeres y en 1880 la ley autoriza a las mujeres casadas a ser dueñas de sus propios bienes. Además se inicia un control de natalidad, lo cual le otorga mayor libertad a la mujer.

La literatura no se mantiene ajena a los aires de cambios que reinaban en la época, sino que las obras tienen una fuerte presencia femenina que denuncia las injusticias padecidas por las mujeres de la época, pero también es un espacio para visibilizar las transformaciones ocurridas en cuanto al rol de la mujer dentro de la sociedad victoriana.

Es así que, gracias a los cambios sociales, las mujeres comienzan a tomar la pluma y a conquistar un espacio previamente masculino como es la escritura. Surgen figuras como las hermanas Brontë y Mary Shelley, escritoras de grandes obras conocidas hasta nuestros días como *Cumbres Borrascosas*, *Jane Eyre* y *Frankenstein*, pero también surgen personajes ficcionales femeninos que cuestionan las estructuras sociales marcadas por una fuerte presencia masculina, como así también las conductas y valores morales dominantes de la época. En una sociedad sumamente estricta con respecto a las libertades sexuales y amorosas, estos personajes tienen comportamientos que se oponen a lo establecido, cuestionan la represión y el encierro al cual se vieron sometidas las mujeres victorianas. Virginia Fusco en su texto “Lucy y Mina: los personajes femeninos como Otros en *Drácula*” menciona el gran incremento que tienen las instituciones psiquiátricas en cuanto a la internación de mujeres, ya que hay una

(...) tendencia a medicalizar, hospitalizar y someter cada vez más al cuerpo social de las mujeres a la práctica psiquiátrica [que] corresponde a una tendencia de signo inverso para los hombres, cada vez menos integrados como pacientes en las instituciones psiquiátricas y, a la vez, más responsables de crear un discurso médico que socialmente legitima la práctica y la marginalización de las mujeres como sujeto social potencialmente “peligroso” y “fuera de control”. (Fusco 2014, 234)

Es decir, ante las nuevas libertades conquistadas por las mujeres, la sociedad conservadora se opone e intenta encausarla nuevamente en las representaciones femeninas sobre lo que debía ser la mujer de la época. José Amícola en su texto “La batalla de los géneros: novela gótica versus novela de educación” define el término *Gender* como “una marca agregada sobre la sexualidad que tiene impronta social y que se ha considerado por siglos como inmutable” (Amícola 2003, 13). Por lo tanto, las representaciones de lo que es y no femenino lo define cada sociedad y cada época, la sociedad victoriana exige que las mujeres

sean más ángeles que humanas, se las alaba por su belleza y delicadeza, además de su desempeño dentro del hogar matrimonial. Por lo contrario, la mujer que no se casa es muy mal vista y relegada. Ante esta situación social de grandes cambios pero aun firmemente arraigados valores puritanos, surge en la literatura la figura de la mujer vampira, quien se presenta como la antítesis de la mujer angelical. En tanto que una es la “niña eterna” la otra es la *femme fatale* que utiliza el sexo y el erotismo para conseguir y matar a sus víctimas, siempre vinculada al mal y lo profano. Recordemos lo terriblemente perturbado y excitado que se siente Jonathan al ver por primera vez a las tres vampiras: “En ellas había algo que me hacía sentir inseguro, algo que me excitaba y que a su vez me hacía sentir un miedo terrible. Sentí en mi corazón un insoportable y ardiente deseo de que me besaran con aquellos labios rojos.” (Stoker 2007, 64)

Es en este sentido que traemos a la memoria a dos personajes femeninos, relegados a vivir bajo la sombra del hombre-caballero y hombre-vampiro, estamos hablando de Lucy y Mina.

La novela *Drácula* de Bran Stoker es sumamente conocida por la icónica figura de vampiro, el Conde Drácula, quien, además, traza hasta el día de hoy las representaciones que se realizan en cuanto a la figura del vampiro. Un hombre aristócrata, poderoso, seductor y dominante, quien utiliza todas sus cualidades para ejercer su dominio. Contrapuesto al conde tenemos otra figura masculina, el buen Jonathan Harker, quien se enfrenta al mismo diablo para lograr regresar con su angelical prometida. En medio de ambas figuras masculinas se encuentra Mina, el premio de quien gane la pelea entre los representantes del bien y el mal, y de la mano de Mina está Lucy, la amiga perdida.

Podríamos decir que, desde un punto de vista social, ambas mujeres están en igualdad de condiciones ya que ambas pertenecen a una clase social acomodada, tienen acceso a la misma educación y planean casarse prontamente. Sin embargo, desde el primer momento en el cual se hacen presentes sus voces podemos visibilizar sus diferencias, en tanto que Mina piensa en desarrollar sus habilidades en la taquigrafía para serle “útil” a Jonathan una vez casados, mientras Lucy menciona la “angustia” de no poder aceptar las tres propuestas de matrimonio que recibe en un mismo día. El contraste entre ambas es claro: una representa a la mujer de época, monógama y maternal, en tanto que la otra cuestiona la represión sexual a la cual se ve sometida la mujer victoriana. Además, a través de las cartas que ambas amigas intercambian podemos vislumbrar la diferencia en el carácter entre ambas, el cual se sostendrá a lo largo del desarrollo de la novela. Mina representa a la razón, en tanto que Lucy a la pasión y sensualidad.

Trinidad Guzmán González (1985) menciona que “las mujeres de Drácula son de dos tipos: aquellas que responden al arquetipo de las virtudes y los valores de la sociedad del momento, sumisas, puras, inocentes, débiles, conscientes de su inferioridad frente al varón-, y las mujeres-vampiros, en las que aquellos valores se invierten.” (215). Desde una primera mirada Mina representa al primer tipo de mujer ya que posee un carácter sumamente maternal, desde el primer momento se ocupa de la salud y cuidados de su amiga Lucy, posteriormente cuidará con gran devoción de su prometido Jonathan cuando este regresa de Transilvania y al grupo de hombres que se reúnen para destruir al Conde Drácula. Ella misma menciona

que “las mujeres tenemos algo de madres dentro que nos hace pasar por alto los pequeños asuntos cuando se invoca el espíritu maternal” (Stoker 2007,321).

Lucy parece ir por una corriente opuesta, desde el primer momento manifiesta tener una conducta tanto física como moralmente distinta a la norma general, ya que ella no solamente expresa su deseo de poder casarse con más de un hombre sino que también posee un comportamiento extraño. Lucy es sonámbula, y por esta condición Mina debe encerrarla bajo llave cuando ella duerme. En este sentido podríamos que Lucy siente constantes impulsos de “salir”, de romper con los parámetros sociales establecidos, como esto no está permitido, alguien debe volverla a la norma. A pesar de que Lucy siempre mostró poseer una actitud opuesta a lo canónico, es cuando resucita como vampira que se opone completamente. Lucy muere, y en ese momento podríamos decir que también muere el estereotipo de mujer victoriana, y con ella la maternidad. Cuando Lucy resucita como vampira se alimenta solo de niños pequeños, es decir, en tanto que una abraza la maternidad la otra la rechaza completamente. Este no es el único rasgo característico de Lucy sino que, al igual que las vampiras, ella se presenta como una mujer sexualmente activa, usa su atractivo para seducir a los hombres y hacerlos caer en su hechizo “Era ella... ¡pero qué distinta! Su dulzura se había vuelto firmeza, despiadada crueldad, y su pureza se había convertido en voluptuosa lascivia” (Stoker 2007,294). Es decir que tras su muerte los valores se invierten, la debilidad se convierte en tal fortaleza que son necesarios varios hombres para equipararse con ella. Es con el vampirismo que ella finalmente se libera, que logra salir de esa habitación en la cual la mantenían bajo llave y estricta vigilancia. Es en este sentido que este personaje representa los aires de cambios y el avance de las mujeres sobre el territorio masculino, como así también es un adelanto de las posteriores conquistas femeninas como la independencia, la libertad y la fortaleza.

Lucy viola la norma, se construye como un ser monstruoso desde dos perspectivas: Como vampira Lucy es una muerta viva, viola los parámetros humanos al resucitar de la muerte, tener fuerza sobrehumana y alimentarse exclusivamente de sangre. Pero también se alza como figura monstruosa al violar las normas patriarcales establecidas por la sociedad victoriana de la época al rechazar la maternidad y el estereotipo de mujer ángel. Ante esta situación los hombres de la novela unen sus fuerzas para detenerla y así evitar la propagación de la monstruosidad hacia otras mujeres.

Sin embargo Mina también representa el cambio dentro del rol femenino, Virginia Fusco (2014) menciona que ella “representa de forma ambivalente la realidad de la Nueva Mujer”. Ella es una mujer profesional, además de ser maestra se desempeña como secretaria y taquígrafa, y son sus grandes habilidades y capacidad de razonamiento lo que finalmente permite acabar con el Conde Drácula, Fusco menciona que ella representa la primera matavampiro de la historia puesto que “solo gracias a su propia hipótesis se podrá capturar al Drácula o que todo el material en forma de relatos, artículos de periódicos e información sobre él, ha sido recopilado por Mina en su función de secretaria del grupo” (238).

Mina y Lucy son símbolo de los grandes cambios sociales que se producen en la época, dos mujeres opuestas que se alzan y resaltan dentro de un grupo de hombres que, bajo el intento de protegerlas, las

encierran y limitan sus posibilidades y avances dentro del mundo masculino. Ambas intentan escapar de las representaciones femeninas de la época.

Bibliografía

Amícola, J. (2003). *La batalla de los géneros. Novela gótica versus novela de educación*. España: Orbis Tertius.

Fusco, V. (2014). Lucy y Mina. Los personajes femeninos como Otros en Drácula. *Herejía y belleza: Revista de estudios culturales sobre el movimiento gótico*. (2) 231-252.

Guzmán González, T. (1985) A propósito del *Drácula* de Bram Stoker. En *Contextos* nro.6. ISSN 0212-6192. Pp. 209-218.

Stoker, B. (2007) *Drácula*. Buenos Aires: Gradifco.